

Ensayo sobre el libro de Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas.* *El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX.*¹

Por Inés Rojkind[□]

(CONICET- Instituto Ravnani, UBA)

Resumen

Este ensayo sugiere algunas claves para analizar el reciente libro de Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas*. Entre los méritos del trabajo sobresale la mirada renovada sobre el modo en que el PAN consolidó su hegemonía a fines del siglo XIX y buscó, además, legitimarla. Alonso reconstruye la dinámica de competencia entre *ligas* rivales del partido gobernante (especialmente ante la instancia de la sucesión presidencial) y muestra la influencia que ello tuvo en el funcionamiento de la política nacional y provincial. Propone asimismo una caracterización de los mecanismos de los que se valieron roquistas y juaristas para edificar sus respectivas bases de poder. Y postula una nueva interpretación acerca del significado que adquirió la emergencia del modernismo en tanto reivindicación de la autonomía política y financiera de las provincias.

Quizás el aspecto más problemático del enfoque elegido por la autora sea la discusión, por momentos demasiado forzada, que plantea con las “versiones heredadas” de la historiografía sobre el período. El riesgo consiste en esquematizar y simplificar los términos de dicha discusión, opacando los alcances de la contribución que entraña el libro en términos de la necesidad de revisar, complejizar y cuestionar las interpretaciones predominantes.

Palabras clave: Paula Alonso- Partido hegemónico- Sucesión presidencial- Competencia intrapartidaria- Régimen político

¹ Buenos Aires: Edhasa, 2010.

[□] Doctora en Historia por El Colegio de México. Actualmente es Investigadora Asistente del CONICET, con lugar de trabajo en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravnani”, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. La investigación que desarrolla se titula “Régimen y vida política en Buenos Aires. Entre el control y la participación (1880-1916)”. Entre sus trabajos recientes pueden citarse *Una explosión ruidosa de la indignación pública. Deuda, honra nacional y protesta política en Buenos Aires del novecientos*, en Lobato, M. (comp.) (2011) *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*. Buenos Aires: Biblos, y (2009) *Orden, participación y conflictos. La política en Buenos Aires a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Miradas clásicas y nuevas aproximaciones*, en *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal* 34.

Summary

This essay suggests some clues to analyze the recent book by Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas*. Among the merits of the work stands an updated perspective on how the PAN consolidated and endeavored to legitimize its hegemony in the late nineteenth century. Alonso reconstructs the dynamics of competition between rival leagues within the ruling party (especially in the face of the presidential succession) and shows the influence it had on the functioning of national and provincial politics. She also puts forward a characterization of the mechanisms that Roquistas and Juaristas used to build their respective bases of power. In addition, she posits a new interpretation about the emergence of *Modernistas* and their demand for political and financial autonomy of the provinces.

Perhaps the most problematic aspect of the approach chosen by the author is the discussion, too forced at times, she holds with the so called "inherited versions" of historiography on the period. The risk is to simplify the terms of that discussion, so obscuring the extent of the book's contribution in terms of the need to review and challenge dominant interpretations.

Key words: Paula Alonso- Hegemonic party- Presidential succession- Parties competition- Political regime

La historia política argentina se ha renovado en las últimas décadas. Uno de los ejes alrededor de los cuales se articuló esa renovación ha sido el análisis de los complejos procesos que encuadraron la construcción del Estado y de la nación a lo largo del siglo XIX. La literatura más reciente en relación con esos temas ha logrado delinear “un contorno interpretativo diferente”, en función del cual se ha modificado y enriquecido la visión que se tenía sobre la organización de una nueva comunidad política luego de la disolución del orden virreinal.² En ese marco, no obstante, llama la atención la ausencia de lecturas novedosas acerca del período que se abrió hacia 1880 precisamente con la afirmación del Estado central y con la llegada al poder de una coalición de alianzas provinciales que luego iba a dar lugar al surgimiento del Partido Autonomista Nacional (PAN). Han aparecido nuevos interrogantes, y tópicos que antes eran ignorados están siendo investigados desde perspectivas variadas. Pero ese movimiento no se ha plasmado hasta ahora en una interpretación global alternativa a las que constituyen el horizonte de referencia ineludible para quien desee explorar los procesos políticos que tuvieron lugar en la Argentina a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

En ese contexto, la publicación del nuevo libro de Paula Alonso era aguardada con interés. No solamente porque se trata de una de las principales exponentes de la historiografía política actual dedicada al período del llamado *orden conservador* (1880-1916) sino porque además los adelantos que se fueron dando a conocer anticipaban ya la intención de la autora de elaborar una visión distinta de las establecidas acerca del funcionamiento de la política nacional durante los años de permanencia del PAN en el gobierno. Esa visión ha quedado plasmada finalmente en *Jardines secretos, legitimaciones públicas*. Alonso se propone examinar allí el modo en que fue “construido y dirimido” el poder político en la Argentina entre la llegada de Julio A. Roca a la presidencia en 1880 y la designación de Luis Sáenz Peña como candidato para los comicios de 1892. El recorte temporal elegido (básicamente, la decisión de restringir el análisis a la etapa que denomina “de consolidación del PAN en el gobierno”) posee ciertas implicancias que serán consideradas más adelante. Por el momento, importa señalar que las claves del enfoque planteado por Alonso se encuentran en la descripción que realiza de la naturaleza “inorgánica” del PAN y en la reconstrucción que practica de una complicada trama de conflictos, negociaciones y acuerdos que se suscitaban en torno a la definición de la sucesión presidencial. Su intención es problematizar las explicaciones clásicas que, indica, no han prestado la atención debida a la existencia de una feroz rivalidad entre diversas facciones del *partido hegemónico*—así lo llama— que buscaban influir en la designación del candidato a ocupar la presidencia. Alonso sostiene que la dinámica interna del PAN impactó fuertemente sobre aspectos medulares del sistema político e institucional, pero esa circunstancia—agrega— ha permanecido opacada por el peso de la “versión predominante” de acuerdo con la cual “el presidente saliente elegía a su sucesor”. (p. 15)

Como cualquier texto, también este libro puede ser objeto de múltiples y variadas lecturas. Mi propuesta en esta intervención consiste en formular algunas observaciones vinculadas tanto con el contenido del trabajo, el método de análisis empleado y los aportes que realiza, como con la perspectiva en la que se sitúa la autora frente a aquellas interpretaciones que busca revisar y cuestionar. El libro se basa en una minuciosa investigación que le permitió a Alonso explorar dimensiones de la historia política del período que habían sido escasamente abordadas. Por encima de la discusión—a veces demasiado forzada— con supuestas miradas reduccionistas o simplificadoras, creo que el gran mérito del libro reside en la posibilidad que ofrece de abrir nuevas problemáticas a partir de las cuales repensar los mecanismos de los que se valió el PAN para edificar su hegemonía.

² Sabato, H. (2007) ‘La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada’, en G. Palacios, *Ensayos sobre la Nueva Historia Política en América Latina, siglo XIX*. México: El Colegio de México, pp. 83-94.

Es necesario comenzar, entonces, observando los ejes alrededor de los cuales la autora despliega su argumentación. El punto de arranque es, como ya se señaló, la caracterización del PAN no como un partido propiamente dicho sino como “una borrosa constelación de hombres vinculados con los gobiernos provinciales y el gobierno nacional” (p. 14). Alonso ha destacado en otras oportunidades las dificultades que se presentan al hablar del PAN en términos de una organización homogénea y disciplinada.³ Vuelve a subrayar en este libro la falta de institucionalización interna y enfatiza asimismo la ausencia de pautas instituidas o incluso de criterios consensuados que pudieran regular “la principal función de todo partido político”, esto es la selección de candidatos con los que disputar los puestos electivos. En lugar de ello, advierte, la decisión sobre las candidaturas era el resultado de enredadas negociaciones que se llevaban a cabo “en la trastienda” de la escena política. La llave de la elección presidencial, afirma, estaba en las provincias. La disponibilidad de votos en manos de los gobernadores y la existencia del sistema de juntas electorales para la elección de presidente y vice determinaban la relevancia de las situaciones provinciales. Era allí, en las provincias, donde los aspirantes a competir por la presidencia debían buscar sus apoyos a través de una combinación de presiones, persuasiones e intercambios de favores. Los acuerdos que se alcanzaban por esos medios —explica Alonso— daban lugar a la formación de coaliciones o *ligas*, cada una de las cuales aspiraba a dominar la política nacional con vistas a la siguiente elección. Las ligas no se configuraban en torno a programas u opciones ideológicas sino que respondían a liderazgos personales y tenían como base “cálculos numéricos de suma de poder”: cuántos eran los apoyos que se podían recolectar y cuáles eran, por lo tanto, las posibilidades de ganar la contienda. Por eso también la fragilidad de esas alianzas, que se hacían y se deshacían constantemente.

Una primera conclusión que extrae Alonso es, por lo tanto, que la selección del candidato presidencial dentro del PAN constituía un proceso furtivo, “resistente al escrutinio público”, que incluía transacciones y arreglos celebrados en los *jardines secretos* de la política. Esas negociaciones privadas, por otra parte, tenían su contracara en las batallas periodísticas que se libraban con el objetivo de legitimar *públicamente* las posiciones y el accionar de los distintos actores. Alonso ha estudiado en trabajos anteriores la importancia que tenía la prensa política a fines del siglo XIX, especialmente en la ciudad de Buenos Aires. Los diarios, ha mostrado la autora, eran herramientas fundamentales de las que se valía cada agrupación o facción política para difundir sus ideas y combatir las de sus adversarios.⁴ Al introducir el tema también en el libro, Alonso apunta a resaltar la “inherente tensión” entre los acuerdos secretos que sostenían la construcción del poder, por un lado, y el rol que cumplían los diarios al hacer de la política “una cosa (relativamente más) pública”, por el otro. En efecto, la tensión entre jardines secretos y legitimaciones públicas le da título al libro y articula además la organización de los ocho capítulos que lo componen. Lo cierto, no obstante, es que el verdadero núcleo del razonamiento de Alonso no se localiza allí, en el señalamiento de esa contradicción, sino en la pregunta que antes mencionábamos acerca de la huella que la dinámica interna del PAN imprimió sobre el desenvolvimiento de los procesos político-institucionales en un sentido más amplio. La pretensión es utilizar al PAN como “panóptico” de la política nacional y atender en particular a la instancia crucial de la elección presidencial en un contexto en el cual la imposibilidad de la reelección inmediata aceleraba notoriamente los tiempos de la carrera por la sucesión.

En relación con esta última cuestión, Alonso plantea la necesidad de revisar las que denomina “versiones heredadas de la política del período” y de discutir con ellas. Está claro que el interlocutor principal es, en ese sentido, Natalio Botana. Alonso retoma en

³ Por ejemplo, Alonso, P. (2003) ‘La política y sus laberintos. El Partido Autonomista Nacional entre 1880 y 1886’, en Sabato, H. y Lettieri, A. (coord.), *La vida política. Armas, votos y voces en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE, pp. 277-292.

⁴ Entre otros, Alonso, P. (1997) ‘En la primavera de la historia’. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa’. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”* 15: 35-70.

parte el análisis que Botana desarrolló en su clásico estudio sobre el *régimen de hegemonía gubernamental* que los hombres del PAN montaron en 1880 y que les permitió mantenerse en el poder durante más de treinta años.⁵ La autora reconoce expresamente que el concepto de *gobiernos electores* acuñado por Botana constituye el punto de partida de su propia exploración. El objetivo de Alonso es destacar la capacidad que tenían los gobernadores provinciales de controlar los comicios en sus respectivos distritos. Esa capacidad de control —aclara— fue ejercida de manera distinta en cada una de las catorce provincias en que se dividía entonces el país, pero en términos generales el efecto fue poner manos de los gobernadores un caudal de votos que, dada la existencia del sistema de juntas electorales, terminaba definiendo la elección presidencial. Por esos motivos, desde la perspectiva de Alonso la fórmula de gobiernos electores resulta útil. El problema se presenta, en cambio, frente a la noción —obviamente central en el planteamiento de Botana— de régimen político. De hecho, la autora evita emplear ese término a lo largo del libro. Aunque no lo manifiesta de manera explícita, no es difícil percibir que la incomodidad que la idea de régimen genera en Alonso se vincula con la tendencia, que sí menciona, a concebir el sistema político de esos años como un esquema jerárquico y centralizado de relaciones de poder (una *escala de gobiernos electores*, diría Botana), en el cual el presidente, ubicado en la cúspide, disponía de una serie de instrumentos formales e informales de control que le permitían vulnerar los principios establecidos por la Constitución y asegurar de ese modo la supremacía de una reducida elite política. En el marco de esa “visión clásica”, sugiere la autora, la conclusión parece ser que la dinámica política difícilmente podía escapar a los parámetros de un sistema vertical de controles que desde la presidencia alcanzaban al partido, a las provincias e incluso a las instituciones. Y en el centro de ese sistema de controles se hallaba el de la sucesión presidencial. Alonso busca reemplazar esa mirada (supuestamente demasiado simplista) por otra que contemple los intensos conflictos que se generaban dentro del PAN por el control de la sucesión y que tenga en cuenta asimismo el protagonismo que en relación con ello adquirirían los dirigentes políticos provinciales. Las rivalidades y las negociaciones permanentes, la “maraña de grupos” que conformaban el partido, la existencia de numerosos pretendientes al cargo presidencial, todos esos factores —asegura Alonso— no hacían sino contrarrestar y, en última instancia, mitigar el peso de los mecanismos de control en manos del presidente. En consecuencia, sostiene, la dinámica de la política nacional debe ser vista en realidad como “un proceso cambiante, pautado tanto por las posibilidades, preferencias y estilos de los gobernadores, como por las de los presidentes de turno y los aspirantes a sucederlo” (p. 354). Ninguno de esos actores, recalca, poseía el dominio absoluto de todas las variables en juego.

Las observaciones de Alonso son, por supuesto, pertinentes. Ayudan a matizar una interpretación que ha sido durante mucho tiempo la preponderante y que precisa ser reconsiderada a la luz de las nuevas problemáticas y preguntas que han ido apareciendo. Corresponde anotar, al respecto, que Alonso consigue llenar de contenido y de movimiento el análisis de los procesos políticos que Botana tendía a observar desde una perspectiva más acentuadamente institucional. Sin embargo, no es posible dejar de advertir al mismo tiempo que en la discusión historiográfica que plantea Alonso termina delineando una perspectiva en algunos tramos forzosamente esquemática de las explicaciones que procura rebatir. La idea de régimen entraña, es cierto, el riesgo de simplificaciones, pero difícilmente podría negarse que la literatura más relevante dedicada a estos temas ha sabido eludir con éxito esos riesgos y, en primer lugar, el de suponer que el control de la sucesión presidencial operaba de manera automática. El propio Botana ha apuntado a propósito de ello que si bien la lógica del régimen se fundaba en “el control de la sucesión que el gobernante en funciones pretendía imponer sobre aquel que había de desempeñar el mismo cargo”, esa pretensión chocaba luego en los hechos con “oposiciones,

⁵ Botana, N. (1994) *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana. [1era. ed. 1977]

conflictos y efectos inesperados”.⁶ Desde ese punto de vista, no parece desacertado afirmar que la imagen que proyecta Alonso acerca de la competencia entre ligas que desde el interior del PAN peleaban por manejarlo y, junto con él, a la política nacional, viene a corroborar la percepción de “un orden ambivalente, duradero sin por ello dejar de ser inseguro”.⁷

Por otra parte y directamente vinculado con lo anterior, conviene advertir también que un aspecto que Alonso no aborda en el libro es el de los controles que los gobiernos del PAN instrumentaban sobre la oposición y que eran indudablemente un componente importante de la hegemonía que detentaba el partido. Esa ausencia tiene que ver con el enfoque adoptado y no sería conducente en ese sentido reclamarle a la autora por cuestiones que no era su interés considerar. Le importa marcar, ante todo, que la flexibilidad interna del PAN, la capacidad de gestionar los conflictos que lo atravesaban evitando llegar a rupturas y escisiones, terminó siendo una garantía de su supervivencia. El recorte temporal que traza contribuye por lo demás a reforzar esa perspectiva, puesto que durante la década del ochenta la oposición (en particular los grupos políticos porteños que habían sido derrotados en 1880) permaneció desarticulada y marginada. Uno de los méritos del libro reside, por lo tanto, en mostrar que —en palabras de Alonso— “la competencia interpartidaria fue reemplazada por otra intrapartidaria entre las distintas ligas [...] que se dibujaban dentro del PAN” (p. 16). Y, sin embargo, no habría que pasar por alto que cuando a partir de 1890 la oposición recobró protagonismo, los desafíos externos adquirieron una relevancia inusitada justamente porque se combinaron con las divisiones que recorrían al partido gobernante, debilitándolo. Si bien el trabajo de Alonso se detiene en 1892, queda pendiente la pregunta por el modo en que se procesaron los conflictos internos en el contexto de un nuevo escenario político convulsionado por las protestas, los levantamientos armados y por el surgimiento de una fuerza —el radicalismo— que rechazaba activamente el dominio del PAN.

Una objeción adicional que puede formularse se refiere al alcance de la dinámica de competencia intrapartidaria que describe Alonso y que, sostiene, contradice la suposición de que existía un alto grado de centralización en el manejo del partido y de la política nacional. La imagen de la disputa entre ligas rivales dentro del PAN resulta atractiva y convincente, especialmente para entender la manera en que se resolvió en 1886 la sucesión de Roca. Alonso ya había mostrado, de hecho, el modo en el que se armaron y quebraron acuerdos entre diversos sectores en esa coyuntura, hasta que finalmente rochistas e irigoyenistas abandonaron la carrera y Roca terminó aceptando —no imponiendo— la designación de Miguel Juárez Celman.⁸ Seis años después, no obstante, la situación se presentaba bastante diferente. En el ínterin, y aunque la Revolución del Noventa había fracasado, Juárez Celman tuvo que renunciar y Roca, en alianza con Carlos Pellegrini, tomó el comando del partido. El conflicto provino entonces del surgimiento de la “aventura modernista”, como la denomina Alonso, y de la postulación de la candidatura de Roque Sáenz Peña, pero la impresión que surge de la lectura del libro es que se desdibujó en ese contexto la dinámica de competencia interliguista o, por lo menos, que no operó tan claramente como en la elección de 1886. Roque Sáenz Peña contaba con el apoyo de una amplia coalición de intereses provinciales, pero contra ese intento se alzaba el afán de un grupo restringido (Roca, Pellegrini y, en combinación con ellos, Bartolomé Mitre) de resolver de manera centralizada la cuestión de la sucesión. Y eso fue lo que finalmente ocurrió con el lanzamiento de la candidatura de Luis Sáenz Peña.

Ahora bien, más allá de las discrepancias que pueden enunciarse en relación, esencialmente, con el lugar en que Alonso busca ubicar su trabajo en clave historiográfica, el libro supone un gran aporte para el estudio de la política en los años que aborda la autora y

⁶ Botana, N. (2005), ‘El arco republicano del Primer Centenario: regeneracionistas y reformistas, 1910-1930’, en J. Nun (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*. Buenos Aires: Gedisa, p. 121; Botana, N. (1994), *op. cit.* p. II.

⁷ Botana, N. (1994), *op. cit.*, p. XXIII.

⁸ Alonso, P. (2003), *op. cit.*

para pensar asimismo los que siguieron. Un primer aspecto a destacar es el esfuerzo que la autora realizó para reunir y luego analizar un nutrido corpus documental, compuesto primordialmente por la correspondencia entre líderes políticos nacionales y provinciales. El abordaje metodológico que propone le permite mostrar la significación que adquirieron las situaciones provinciales en el armado de la dinámica política a nivel nacional. Alonso diseñó un método de análisis “caleidoscópico” —así lo llama— con el cual dar cuenta de la configuración de ligas en las catorce provincias y de la contienda que se establecía entre ellas. Consigue así trazar las imbricaciones que se iban tejiendo entre la política nacional y las políticas provinciales en relación con la pelea por la selección del candidato presidencial. Como ya se apuntó, las bases de apoyo necesarias para tomar parte en esa competencia se fabricaban tratando de sumar a quienes controlaban los votos, es decir, los líderes provinciales. El recorrido del libro va desentrañando los vaivenes que siguió la conformación de esas alianzas cuyo soporte era la exigencia que enfrentaban los que manejaban (o aspiraban a manejar) la política provincial de asegurarse el acceso a recursos que se distribuían desde el gobierno nacional: créditos, obras de infraestructura, empleos, protección del ejército nacional, etcétera. El clientelismo, afirma Alonso, fue un elemento central para la construcción de las coaliciones. Los votos y la lealtad se obtenían a cambio de recursos.

Otra línea que explora el libro, y que merece igualmente ser resaltada, es la de las diferencias que es posible marcar entre el roquismo y el juarismo en tanto formas de fabricar y de ejercer el poder. Según explica Alonso, el roquismo se configuró como un sistema de poder en el que el presidente tenía una considerable capacidad de intervenir en los asuntos provinciales. Roca negociaba directamente con gobernadores, diputados y senadores. Su gran preocupación era mantener la estabilidad política y fortalecer al Estado nacional, y se valía para ello del partido convirtiéndolo en una herramienta con la cual negociar con la finalidad de que los antagonismos no derivaran en choques violentos. Frente a ese modelo, sugiere, Juárez Celman puso en práctica un estilo de conducción diferente, menos centralizado. Juárez no intervino para officiar de árbitro o para beneficiar a algún sector en particular en las luchas que se libraban dentro del PAN. Tampoco buscó controlar la labor del Congreso. Más importante todavía, les aseguró a las provincias libertad para manejar sus asuntos políticos y para dirigir el funcionamiento de sus economías, fundamentalmente la distribución de créditos y la impresión de moneda. Juárez construyó así, sostiene Alonso, un sistema de lealtades que no dependía del control personalizado de la política nacional que había ejercido su antecesor.

La caracterización que Alonso elabora aquí del juarismo difiere de las interpretaciones más arraigadas, incluso de la que ella misma había planteado con anterioridad. En su trabajo sobre los orígenes de la UCR, Alonso describió los rasgos que consideraba centrales del gobierno de Juárez Celman: la terquedad, la impaciencia y la intolerancia. Juárez, argumentaba Alonso entonces, no solamente había menospreciado y ridiculizado a sus oponentes a través de la prensa; había intentado asimismo socavar el poder de Roca, sirviéndose para ello de “todos los medios a su alcance”: desde autoproclamarse el *jefe único* del partido hasta fabricar rebeliones o acudir a la intervención federal para remover a los gobernadores que no aceptaban ser incondicionales.⁹ Resulta interesante contraponer ese retrato con el que ahora brinda desde las páginas del nuevo libro. El punto de partida es en este caso la situación de debilidad en la que —observa la autora— Juárez se hizo cargo del poder en 1886, la falta de capital político propio y la precariedad de su autoridad, tanto dentro como fuera del partido. La clave para explicar la manera en que a partir de esa debilidad inicial Juárez edificó su poder hay que buscarla, según esto, en la implementación de una política de “lealtad y *laissez-faire*” respecto de las provincias. Estas últimas podían disfrutar de una considerable autonomía en el manejo de sus asuntos políticos y financieros siempre y cuando los

⁹ Alonso, P. (2000), *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 75 y 76.

gobernadores ratificaran a cambio la lealtad que le debían al presidente.¹⁰ Desde ese punto de vista, el *unicato* aparece como una forma descentralizada de ejercicio del poder, “una dinámica en la que el poder fluía, ida y vuelta, entre las provincias y la presidencia” (p. 224). La caracterización del juarismo en esos términos es provocativa y seguramente discutible en algunos puntos, pero eso mismo es lo que, por otro lado, la vuelve más interesante. Está claro, por lo demás, que esa estrategia de construcción de poder tenía límites. La renuncia de Juárez Celman después del fallido alzamiento de la Unión Cívica y mientras el país se hundía en la debacle económica, no hizo más que poner en evidencia “la situación de gran vulnerabilidad” que, indica Alonso, se escondía detrás de la doctrina del jefe único. Juárez tuvo que alejarse pero —recalca— su renuncia “no fue resultado del accionar de los adversarios fuera del partido sino, principalmente, de los grupos desilusionados dentro de él” (p. 363).

Por otra parte, como es bien sabido, el abrupto desenlace de la carrera de Juárez no implicó el final del juarismo, que encontró una prolongación en el surgimiento de la corriente modernista dentro del PAN. Precisamente, la importancia del análisis de Alonso radica también en la atención que le reserva al tramo que se extiende entre la renuncia de Juárez Celman, a principios del mes de agosto de 1890, y el retiro de la candidatura presidencial de Roque Sáenz Peña en febrero de 1892. A lo largo de esos “intensos dieciocho meses”, indica, se libró un auténtico duelo entre los roquistas que retornaban al ruedo y los antiguos juaristas ahora devenidos modernistas. Roca y Pellegrini destinaron todos sus esfuerzos a desmantelar el modelo de autonomía política y económica de las provincias que había sido fijado durante los años previos. Roca, especialmente, presionó para restaurar su estilo centralizado de conducción de la política nacional. En este último aspecto focaliza su atención Alonso y es desde allí que propone una nueva mirada sobre los procesos que se encadenaron durante esos meses y que llevaron finalmente a que Roque Sáenz Peña tomara la decisión de resignar su candidatura. Alonso sostiene que el acuerdo con Mitre se correspondía “en su forma y contenido” con el estilo político de Roca, basado en las transacciones y los arreglos secretos que esta vez incluían también a un sector de la oposición, el más moderado. El punto central de la argumentación que Alonso desarrolla en esta parte del libro se encuentra en su definición del modernismo como una reivindicación de la autonomía que las provincias habían obtenido (y disfrutado) durante el gobierno de Juárez Celman y, en consecuencia, como una resistencia frente a la tentativa del roquismo de reforzar los controles desde el centro hacia las partes. El modernismo, señala Alonso, representó “un intento de construcción de un sistema partidario descentralizado basado en los gobiernos provinciales, en el que se le recordaba al Estado nacional que las provincias eran la fuente de su riqueza, y exigían un mayor protagonismo en el control de la sucesión por medio de convenciones partidarias que ofrecieran el marco para la deliberación y garantizaran la democracia interna” (p. 365). Ese intento falló. Roque Sáenz Peña se bajó a último momento de la carrera presidencial presionado por el lanzamiento de la candidatura de su padre. Es conocida la historia de esa maniobra que orquestaron Roca y compañía, pero lo que le importa subrayar a Alonso es que se produjo en ese contexto el triunfo de la centralización política y partidaria. El fracaso del modernismo fue también el del ensayo de dotar al PAN de una mayor institucionalización y de conformar una dinámica política que brindara mayor autonomía política y económica a las provincias.

El recorrido del libro concluye, entonces, en 1892, pocos meses antes de las elecciones que habrían de conducir a Luis Sáenz Peña a la presidencia. Alonso justifica el recorte temporal en función de las dificultades que supondría extender en el tiempo la observación del intrincado funcionamiento de las ligas en el interior del PAN. Por otra parte, la autora considera que el intervalo de tiempo escogido “fue suficiente para subrayar la relevancia de analizar la política como un proceso que, sin bien es pautado por el sistema

¹⁰ El análisis de Alonso se articula fuertemente en este punto con el que Pablo Gerchunoff, Fernando Rocchi y Gastón Rossi efectuaron sobre la política económica llevada adelante por Juárez Celman. Ver Gerchunoff, P., Rocchi, F. y Rossi, G. (2008) *Desorden y progreso: las crisis económicas argentinas, 1870-1905*. Buenos Aires: Edhasa, pp. 77-119.

institucional, también lo transforma” (p. 19). Evidentemente, la apuesta metodológica que realizó Alonso impone ciertas restricciones. Podría agregarse incluso que la alternativa de acotar la investigación se condice también con la advertencia que ella misma formuló en otras oportunidades acerca de la importancia de marcar cortes y discontinuidades dentro de una época —la de la llamada “Argentina moderna”— que tradicionalmente ha sido vista como un único bloque.¹¹ Al mismo tiempo, no obstante, es casi inevitable que una vez concluida la lectura del libro surja la pregunta acerca de cómo pensar, desde la óptica que propone Alonso, los procesos políticos que se abrieron a partir de 1892. Como sabemos, se inauguró entonces un período de gran inestabilidad política que incluyó nuevas rebeliones armadas, una intensa movilización electoral, reiteradas manifestaciones callejeras y una activa intervención de la prensa. La crisis en la que se hundió la UCR hacia fines de los noventa ciertamente desgastó la influencia de la oposición, pero el dinamismo de la vida política no se extinguió ni se apagaron tampoco las críticas frente al estilo político excluyente que ponían en práctica los hombres del PAN. Los dilemas que estos últimos tuvieron que enfrentar a partir de ese momento ya no se circunscribieron a las disputas internas por el control de la sucesión presidencial sino que giraron también en torno a la manera de lidiar con la intensificación de la movilización política. Además, en el marco de la escisión dentro del partido que finalmente se produjo cuando en 1901 se quebró la alianza entre Roca y Pellegrini, la cuestión más apremiante pasó a ser si encarar —y cómo hacerlo— la transformación del sistema de poder que habían montado veinte años atrás. Al respecto, Alonso sugiere que los imperativos que trajo consigo el debate sobre la reforma política (en particular la necesidad en la que se encontraron los líderes del PAN de adoptar posiciones más dogmáticas que las que hasta entonces habían sostenido) terminaron atentando contra la flexibilidad interna del partido y, por lo tanto, contra la posibilidad de neutralizar las tensiones que lo recorrían.

Pero más allá de las preguntas que pueden formularse hacia adelante y que, en todo caso, el libro tiene la virtud de actualizar, es indudable que el trabajo de Paula Alonso constituye un aporte fundamental para mirar la política de fines del siglo XIX y para continuar indagando sobre sus formas y actores. En mi opinión, el contrapunto que la autora busca instalar con las interpretaciones clásicas termina siendo quizás el aspecto menos atractivo de su análisis. Alonso introduce elementos nuevos, complejiza algunas aristas y cuestiona otras, pero no propone una interpretación alternativa sino más bien un complemento valioso e indudablemente necesario de aquellas interpretaciones ya instaladas. En ese sentido, y para concluir, es importante destacar que el libro contribuye decisivamente a perfilar una nueva mirada acerca de la manera en la que los hombres del PAN erigieron —en los años que Alonso examina— un sistema de poder hegemónico destinado a perdurar durante casi cuatro décadas. La autora muestra las dimensiones prácticas y simbólicas de ese proceso, visto en función de la naturaleza híbrida y maleable del propio partido gobernante. Pero además confirma la relevancia de una perspectiva que privilegie el ejercicio de contemplar “el proceso de la política —en lugar de concentrarse en los resultados—” (p. 18). El trabajo logra de ese modo ofrecer una interpretación no lineal y, en consecuencia, más rica, de las circunstancias en que el PAN edificó su dominio y buscó legitimarlo.

¹¹ Alonso, P. (1998) ‘La reciente historia política de la Argentina del Ochenta al Centenario’. *Anuario IEHS* 13: pp. 393-418.